

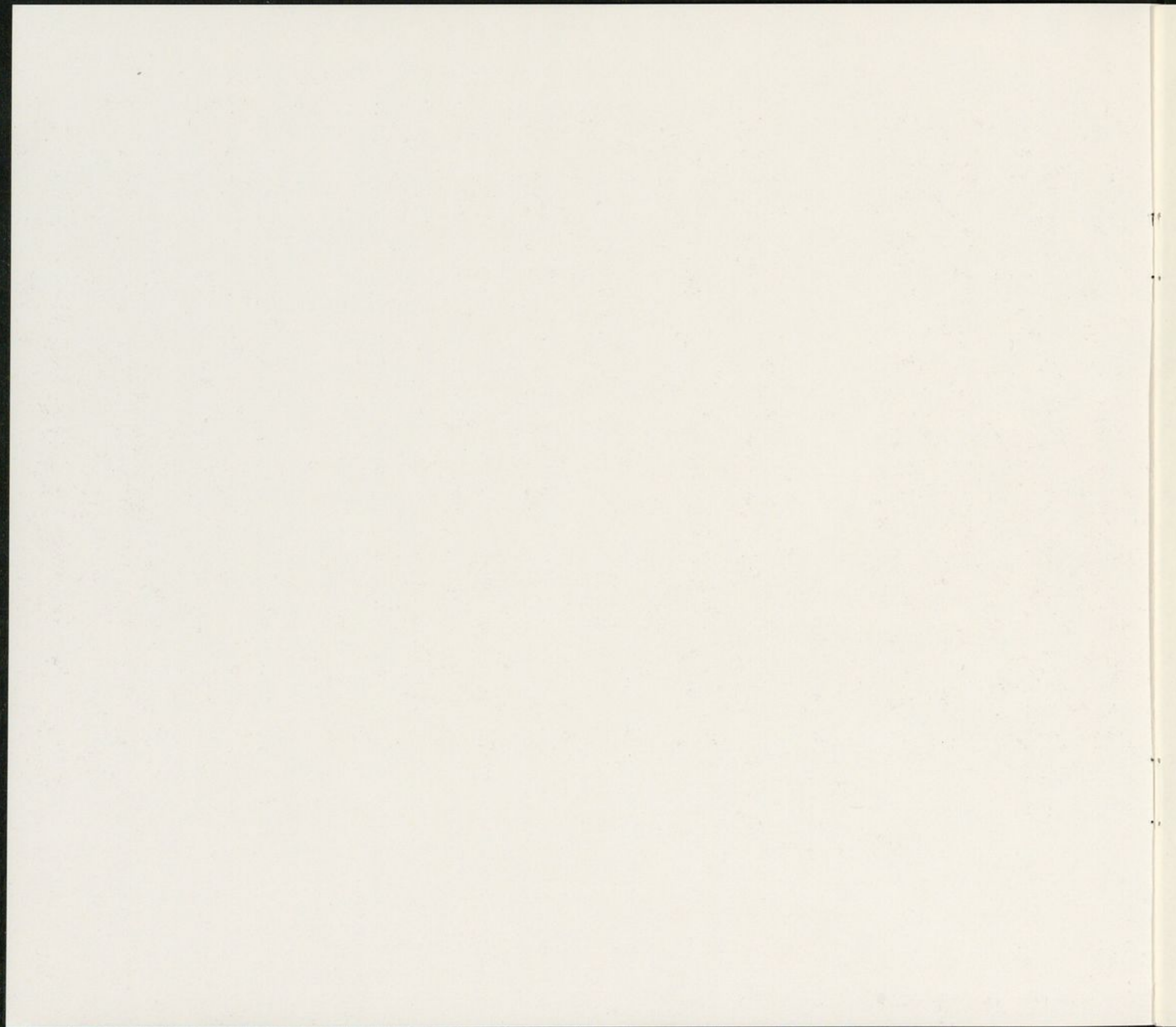
**PREGON SEMANA SANTA
VALLADOLID 1995**

Por Ilmo. Sr. D. JOAQUIN DIAZ GONZALEZ



C.141

8



ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA

PREGON SEMANA SANTA VALLADOLID 1995

Por Ilmo. Sr. D. JOAQUIN DIAZ GONZALEZ

Biblioteca del Archivo



1293278
C.141-8

R. 12128

Edita: Excmo. Ayuntamiento de Valladolid y Junta de Cofradías de Semana Santa
Fotografías: José María Pérez Concellón
Compone e Imprime: Imprenta Municipal
Depósito Legal: VA-176/1995

La llamada Semana Santa, denominada antiguamente por la Iglesia Semana Mayor, Semana Penal o Semana de Indulgencia, ha venido a significar para el individuo de hoy -sea cristiano o no- una semana sin actividad, circunstancia que no es, como podría pensarse, un producto más de esta civilización de ocio en la que vivimos, sino el legado de una tradición bien antigua: los obispos de Oriente, antes del siglo VI, habían establecido para esa época del año en sus Colecciones de Estatutos llamadas después Constituciones Apostólicas, dos semanas de vacaciones; la propia de Semana Santa conmemorando la Pasión de Cristo y la siguiente, por su Resurrección. En todo ese tiempo el comercio, el tráfico, los procesos y pleitos, así como los trabajos manuales estaban vedados, costum-

bre que con diversa suerte y alternativas varias ha llegado hasta nuestros días.

Para el cristiano, sin embargo, la Semana Santa va mucho más allá de un simple periodo en el que cesa la actividad. Independientemente de la significación honda, entrañable, que pueda tener para la religiosidad de cada cual, ante cuya grandeza y alcance holgaría cualquier consideración por mi parte, la Semana Santa es en sí misma un maravilloso conjunto de rituales, de signos externos, que son patrimonio de todos y, hoy más que nunca, un tesoro añadido que debemos esforzarnos en conservar. La de Valladolid, en concreto, tal y como hoy la conocemos, es un cúmulo de tradiciones más o menos antiguas; por el camino han quedado otras, desechas por el sentido común, por la conveniencia o por la moda, que hasta sobre las cosas sagradas impuso a veces su tiranía.

Pero además, y a ello voy a referirme con especial dedicación, la Semana Santa vallisoletana es un mundo sonoro con un característico poder ambientador; ese mundo, que ha sido creado sobre una inteligente alternancia de sonidos y silencios, nos envuelve -querámoslo o no- y condiciona nuestro estado de ánimo. En el silencio -interior y exterior- hablan las imágenes y nos comunican una doctrina antigua, a medias aprendida y a medias figurada, que con voz magistral nos manifiesta un extraordinario Misterio. En el sonido intervienen juntos ethos, el carácter, y etnos, el pueblo, creando una música o unas resonancias que provocan en el oyente una determinada disposición. La trompeta ronca o la caja destemplada,

de las que tanto se habla en los libros de cofradías vallisoletanas desde el siglo XVII, sobrecogían invitando a la meditación y a la piedad. No por casualidad los instrumentos musicales cumplían -y aún cumplen- un papel importante durante los días en que la Iglesia había decidido honrar la memoria de un acontecimiento tan extraordinario. Así, las campanas enmudecían, según indica ya en el siglo XI el *Ordo Romanus*, desde la hora nona del Jueves Santo hasta las tres de la tarde del Sábado Santo, cuando el sacerdote pronunciaba el "Gloria in excelsis Deo"; una razón mística asistía esta antiquísima costumbre, razón que explicó Guillermo Durando a comienzos del siglo XIV alegando que así como las campanas representaban a los predicadores evangélicos y durante estos tres días los Apóstoles estuvieron escondidos y callados habiendo abandonado a Cristo que tuvo que dar él solo el testimonio de la Verdad desde el leño de la cruz con voz apagada, así sólo debían hablar los maderos. Estos maderos que sonaban de Gloria a Gloria servían para dar aviso del comienzo de los Oficios, para acompañar el Viático o tocar el Angelus y, fundamentalmente, para las Tinieblas. Me refiero a esos instrumentos de madera que crepitaban al chocar una tabla con otra (como en el caso de las tablillas), al golpear el leño con un mazo o aldaba (como en el caso de las matracas) o haciendo sonar unas lengüetas accionadas por una rueda dentada (como sucedía en las carracas). De este modo y con esos elementos, la Iglesia nos convocaba con una madera por haber muerto Cristo sobre ella y ser su símbolo. Y justamente por simbolizarle a EL, por ser su alegoría, la Iglesia permitía que estuviese en manos de todos y se hiciese vibrar por todos en los momentos de más dolor y angustia.

Durante el Oficio de Tinieblas de los tres últimos días de la Semana Santa se cantaban, ya caída la tarde, los salmos acostumbrados en las principales iglesias de Valladolid. Delante del altar y al lado de la Epístola se colocaba el Tenebrario, candelabro triangular con quince velas, siete a derecha y siete a izquierda flanqueando a una de mayor tamaño denominada la vela María. Según se iban desgranando salmos y lecciones se iban apagando las luces por riguroso orden: La primera, la más baja del lado del Evangelio; la segunda, la inferior del lado de la Epístola; la tercera, la situada inmediatamente a la primera; la cuarta, la contigua a la segunda... y así, sucesiva y alternativamente, se iban extinguendo todas las velas del candelero menos la vela María, continuando con los seis blandones amarillos que estaban sobre el altar y con todas las demás lámparas y luces de la iglesia. Cuando el acólito, arrodillado en las gradas del altar mayor y con la vela María entre sus manos, iba a esconderla detrás del altar en el mismo lado de la Epístola fuera del alcance de la mirada del pueblo, la oscuridad se acentuaba en la Catedral o en el Salvador. Expectantes, todos los vallisoletanos presentes aguardaban de rodillas a que el sacerdote entonase el "Christus factus est pro nobis obediens usque ad mortem". Después, escuchaban el sosegado cántico del Miserere: "Darás gozo y alegría a mis oídos y mis huesos humillados saltarán de contento". Y finalmente, al escuchar las palabras "fue llevado el Señor como oveja a la víctima y no abrió su boca", el mundo se venía abajo como se vino con la muerte de Cristo. Cientos de carracas, matracas y tablillas quebraban el aire reposado, silente, de los templos para protestar por el tránsito

del Salvador, para estremecerse como se estremeció el Universo en la efeméride.

Tras el estrépito, de nuevo el silencio en las calles y casas mientras llegaba la hora de ir a la procesión. Y allí, el sonido de la trompeta ronca o del áspero clarín volvía a rasgar la atmósfera nocturna. Era la misma trompeta que en los días de Cuaresma anunciaba al muñidor de una cofradía solicitando de los fieles limosna o cera para el Monumento y que ahora hacía sonar el "claro y paso", toque que servía para despejar de gente la carrera o recorrido de la procesión. La cofradía de la Pasión mostraba al sayón de Gregorio Fernández tocando una trompeta similar y precediendo al pregoneiro que, a voces, proclamaba fieramente el motivo o título por el que se castigaba a Jesús, costumbre romana que prevaleció entre los artistas de distintas épocas al reflejar la escena del camino del Calvario y siguiendo probablemente textos de Domiciano, Eusebio o San Ambrosio. Incluso en algún pliego suelto de Santarén o Cuesta donde se reproducía la sentencia de Pilatos contra Jesús aparecía la frase: "La cual sentencia mandamos publicar a son de trompeta y en voz alta de pregonero porque venga a noticia de todos y no puedan alegar ignorancia alguna...". La renovación del instrumental de viento en el pasado siglo por influencia de las bandas militares alcanzó a alguna de esas antiguas trompetas y clarines, que fueron sustituidos en muchos casos por bugles, todavía hoy en poder de determinadas cofradías.

En otro tipo de instrumentos, los de membrana, también vinieron las cajas claras a reemplazar a los tambores con el parche destemplado. En general puede asegurarse que, a lo largo del siglo XIX y principalmente en su segunda mitad, la música militar, es decir los grupos de viento y percusión formados para acompañar acontecimientos castrenses, entró de lleno en la vida civil amenizando bailes y paseos o interviniendo en las procesiones para sustituir paulatinamente en protagonismo a la música de la Catedral, formación que había sobrevivido durante siglos y que habitualmente estaba compuesta por violines, oboes, trompas y bajos, más los cantores de la capilla. Esa sustitución se llevó a cabo, como digo, en un amplio periodo de tiempo, circunstancia que permitió que convivieran y salieran juntas durante muchos años en diferentes procesiones, pero sobre todo en la del Viernes Santo, donde compartían repertorio y recorrido con las músicas de los regimientos y con alguna formación de aficionados.

Los músicos profesionales, sobre todo el siglo pasado, cumplían con su oficio en las representaciones que venían cada año a los teatros y que recordaban la Pasión de Cristo. Durante más de cuatro horas los espectadores seguían en fervoroso silencio el desarrollo de los diferentes autos sacros que convertían el coliseo, habitualmente cerrado para otros espectáculos durante nueve días, en un lugar de culto. En particular tuvo gran aceptación entre nuestros antepasados vallisoletanos de la segunda mitad del XIX el drama sacro-bíblico musical titulado "Los siete dolores de María Santísima", del músico Juan Carreras, cuyos ecos llegaron muy

frecuentemente hasta los pueblos de la provincia al desplazarse allí la compañía una vez acabada la Semana Santa en la capital. No pudo la prohibición de don Patricio de la Escosura de 1856 con la afición devota, que, ciertamente, no se conformaba con asistir a las sesiones escénicas sino que iba a los templos a escuchar los Misereres compuestos por García Valladolid, Fernández Pérez o Goicoechea, o se desplazaba la mañana de Jueves Santo a escuchar la música de Santa Cecilia acompañando al Santísimo para la comunión que se daba a los enfermos del Hospital de la Resurrección, o acudía a cantar la Salve y el Alabado en San Lorenzo el Sábado Santo, o caminaba en las procesiones al son de las marchas fúnebres compuestas por La Serna, director de la banda de música del Hospicio, o atendía -si así se le demandaba- a la invitación de este o aquel concierto sacro en casa de algún prohombre vallisoletano.

El siglo XIX cambió el ámbito sonoro de la Semana Santa en esta ciudad. La escueta sencillez del instrumento solista (la solitaria trompeta negra, el tamboritero de extracción rural o la pequeña y grave capilla musical con bajos y violones) fue sustituida por el poderoso metal de las bandas envolviendo con su reciedumbre los compases de la música fúnebre. Ese tono "lúgubre y doliente que movía a compasión y tristeza", según expresión de algunos extranjeros que nos visitaron en el siglo XVII, fue arrinconado por la robustez cerrada y sólida del sonido de las agrupaciones ochocentistas.

Pero el instrumento verdaderamente simbólico seguía siendo la campana, enmudecida por el ritual desde el Jueves Santo e incluso por la propia Tradición, que aseguraba que si se la hacía doblar en esos días saldría volando por los aires. Sin embargo la campana, que simbolizaba a los predicadores e iba a dar testimonio alegre de la Resurrección el sábado de Gloria, tenía como aquellos una jerarquía, y así, las de las parroquias debían esperar a que empezaran a sonar las de la Catedral, siguiendo la costumbre que instituyó León X. Y es que la campana, que representaba con su sonido el ejemplo, doctrina y persuasión con que los prelados debían de atraer a los fieles al amor de Dios, estaba sustentada por la melena, yugo de madera en forma de cruz que significaba el leño en que murió el Salvador, y, asida a ese madero, la campana venía a manifestar la caridad que debían tener los predicadores y confesores, unidos a la cruz y a la Pasión del divino Maestro que había de ser su Gloria.

Acompañaba el tañido de las campanas el estruendo de fusiles y escopetas disparados al aire, costumbre antigua y militar de respeto que empezó siendo salva de homenaje y acabó en diversión profana prohibida una y otra vez sin éxito por los bandos de Alcaldía que pedían el decoro y compostura debidos a las prácticas religiosas de la Semana Santa.

Y así se completaba ese mundo sonoro, esa atmósfera dual -sonido y silencio- que singularizaba la Semana Santa vallisoletana; desde el Hosana de la procesión de la borriquilla al ritmo de las de-

cenos de miles de ramos y palmas, venidas de Elche y de Madrid y rizadas en las estererías de la ciudad, hasta la alegría de ese Sábado Santo con la bendición del fuego nuevo y el canto del "Exultet": Den saltos de júbilo las tropas celestiales de los Angeles; celébrese con gozo los divinos misterios y resuene la trompeta saludable por la victoria de tan gran Rey...

Entre mis recuerdos de niñez sobre esos días están el esfuerzo -ora serio, ora irreflexivo, como todo lo infantil- que tenía que hacer para reprimir las ansias de ensayar los motetes que después interpretaría con mis compañeros de la escolanía La Salle siguiendo a Nuestra Señora de la Vera Cruz por las calles de la ciudad... Callar y cantar... Tinieblas y luz... Y la tradición, el rito, el Misterio por doquier.

Hoy día pregonar es un lujo. Desaparecidos ya los gritos de la calle o arrumbados por formas de comunicación más universales y desarrolladas, el pregón sólo se concibe despojado de su sentido comercial; como una confesión en alta voz que nos permite decir lo que nunca pasó de ser una reflexión o un deseo.

Mis cavilaciones se mueven siempre entre la interrogación y la duda, tan poco convincentes me parecen las respuestas que el mundo moderno da a las cuestiones cardinales o eternas. El individuo de hoy cree haber descubierto el secreto de todo lo que le rodea y pretende vivir encastillado en su arrogancia, con la presunción de conocer todas las contestaciones. Por eso yo prefiero hoy

reivindicar el sentido del Misterio; esa fuente siempre fluyente, siempre fresca, siempre ignota...

Puede que el pregón callejero ya casi no se practique, pero a través de los pocos ejemplos que aún quedan o de la memoria de su uso podríamos asegurar que se mantienen vivas las dos características fundamentales, esenciales, de su puesta en escena: Brevedad y precisión. Si no puedo presumir de esta última cualidad, al menos que nadie me pueda imputar que carecí de la primera.

